

TITA SONRÍE

Salir a la calle se convirtió en una guerrilla, un campo de batalla y una misión engorrosa. ¿Por qué? Miradas de compasión, gestos de extrañeza y confusión. Mi abuelita, llamada Tita por mis primos y yo, tiene su mente enredada con hilos y telarañas. Comenzó a perder la memoria, olvidar nombres y confundir palabras, entonces todo apuntó a que Tita ya no podía ser independiente. Una víctima del Alzheimer. Nuestras salidas los domingos se reducían: estar pendientes a ella era lo más importante. Me dolía verla así, cada día degenerándose más y más, como el polvo que envuelve a un objeto llenándolo de partículas, así Tita se llenó de confusiones. Se convirtió en una grande niña: le dábamos de comer con cuchara, mi mamá la bañaba, usaba pañal, ya no hablaba (apenas balbuceaba) y se limitó a vivir instante por instante, sin tener conciencia de lo que hace ahora, lo que hizo hace unos segundos o lo que hará después. La nueva vida de Tita. Dejó de reconocernos. Dejó incluso de conocerse.

Cierta tarde, mi madre y yo teníamos que ir a comprar unas cosas a la tienda. Mi abuelito no estaba y no podíamos dejar a Tita sola: era tan claro como el agua. Así que sin otra opción, la metimos en el auto. Tita aún podía caminar, pero tenías que sostenerla de un lado para que no perdiera el equilibrio. Llegamos y, mientras mi mamá iba por el mandado, yo me senté en una banca para hacerle compañía a mi abuela. No hablaba, me limité a platicarle mis cosas como de costumbre, al tiempo que ella miraba la tienda con ojos expectantes y curiosos. Podía inferir sus pensamientos: ¿Dónde estoy? ¿Por qué hay mucha gente? “¡No, Tita!”, le dije cuando penetro su mirada en una señora, se giró a verme. ¿Quién es esta chica que me habla?

Le sonreí, aprendí a descifrar la enfermedad. Para mí, el Alzheimer consistía en un punto muy importante: ellos leen tus expresiones. Aunque no te entiendan absolutamente nada, si te ven sonreír, se sienten seguros, si te ven triste o alterado, reaccionan de igual manera y daban casos en que me apretujaba la mano o apretaba los dientes. Así que le mostré mi dentadura para animarla. Tita medio sonrió y siguió viendo el lugar. Como si nada.

La gente pasaba, algunos curiosos nos miraban, otros se pasaban de largo. Pero nadie dijo nada. Los segundos transcurrían y para entretenerme le tomé la mano a Tita y contaba a la gente que hacía sus compras, me gustaba ver sus rostros: estaban los que se mostraban angustiados, relajados, alegres, presurosos. De repente, pasó un señor frente a nosotras, Tita se le quedó viendo, no con cara fea ni nada, solo curiosa. El

hombre nos miró y se rio, acto seguido sacó la lengua y nos saludó con la mano, como un gesto divertido. A Tita le ganaron las carcajadas. Literalmente, se rio a mi lado y yo tampoco pude contenerme, me alegraba mucho verla así: sus risas habían disminuido desde la enfermedad. El hombre siguió con su camino con dos bolsas de la tienda en cada mano. Tita se giró a verme. “Sí”, le dije. Posé mi vista de nuevo en el hombre alegría pero ya se estaba subiendo a su automóvil. Me sentí agradecida, serena. Sabiendo o no su condición, el hombre quiso regalarle un poco de su gozo a mi abuela. Y eso es un acto de solidaridad, comprensión, empatía... las salidas ya no me parecieron guerrillas, sino oportunidades de alegría y sé que para Tita, inconscientemente, también.

-Cazadora de palabras